

Hugo Lindo

## Una generación de cuentistas salvadoreños



DESDE hace muchos años nos interesa el fenómeno social y literario que significa el género narrativo en Centroamérica. Inútil sería aquí enunciar los motivos de preferencia que, por un tema tal, puede tener un escritor de aquellas latitudes. El género narrativo incluye algo más que el cuento y la novela: abarca las crónicas de acontecimientos históricos, las puramente periodísticas, buena cuota del folklore, los libros de familia o de memorias personales, y hasta más de un informe o carta de índole administrativa. Es, pues, necesario, proceder por comarcas, si se intenta llegar a la postre a la formación de un cuadro total.

Como en Centroamérica no están muy avanzadas las investigaciones histórico-literarias, todo intento parcial, cualesquiera sean sus deficiencias, viene en ser contribución útil al trabajo que alguien, alguna vez, emprenderá para armar con las piezas que hoy se dejen, el rompecabezas orgánico.

Así, nos limitamos por hoy, dentro del género narrativo, al cuento; dentro de él, al de la Patria chica, El Salvador, y de los cuentistas salvadoreños, nos circunscribimos al grupo de relatistas nuevos —no al de los *novísimos*—, que será materia de otro artículo.

Llámase aquí *nuevos*, por comodidad y de modo bien provisional, a quienes en 1956 tienen de treinta y cinco a cuarenta y cinco años

de edad, *más o menos*. Y subrayamos el “más o menos” por cuanto sería imposible y arbitrario trazar líneas temporales precisas.

Dos características, bifurcadas ambas, pueden hallarse en nuestros cuentistas nuevos: por un lado están los que sienten preferencia por los temas de carácter social, indagan vicios y virtudes populares, inquietan la psicología del habitante, sus problemas y vivencias; por otro lado, los que tienden hacia un relato más intelectual o imaginario, quizá menos representativo de lo salvadoreño o centroamericano, desde la concepción hasta el tratamiento estilístico, mas no por ello de menos valor en las letras nacionales.

La primera de ambas tendencias se bifurca tomando, ya el camino de la ciudad (Aguilar Chávez), ya el de la campiña (González Montalvo, Rodríguez Ruiz). La segunda, yéndose por la organización intelectual (Rolando Velásquez) o por la desorganización de las vivencias oníricas (José Jorge Laínez).

Nuestra producción cuentística es relativamente abundante, a semejanza de la guatemalteca y la nicaragüense. La novelística, bien escasa, apenas en sus comienzos. El fenómeno salvadoreño viene así a ser opuesto al de Costa Rica, que ya ha producido cantidad y calidad apreciables en la novela, y que no tiene muchos cultivadores del relato breve.

*Ramón González Montalvo* es uno de los pocos autores salvadoreños que se han lanzado a la aventura de la novela. Nacido en la ciudad de Quezaltepeque el 7 de febrero de 1909 hizo estudios completos de Derecho en la Universidad Autónoma de El Salvador, los cuales no coronó con el grado de doctor, por haberse dedicado, desde los días estudiantiles, al servicio diplomático. La carrera le dió oportunidades de viaje, de experiencia, y, sobre todo, de añoranza del propio terruño, a veces más presente en las ausencias. Su *curriculum* abarca misiones transitorias y fijas en los Estados Unidos de Norteamérica y en Guatemala, rangos, condecoraciones... Todo lo que podría haberlo alejado de los humildes y que, paradójicamente, operó en él invitándolo a tornar los ojos hacia la vida rural, sus hombres y sus vicisitudes.

Sólo una de sus obras se ha editado hasta el momento: *Las tinajas*, novela que vió la luz en el año de 1950, en la editorial de la Universidad Autónoma de El Salvador. Guarda González Montalvo dos libros inéditos: *Barbasco*, novela, y *Pacunes*, libro de estampas y relatos, llevados a veces con mucho vigor descriptivo pero poca trama y débil narración.

Se expresa nuestro autor por la vía del naturalismo criollista, emparentado con la minuciosidad de don Arturo Ambrogi (1876-1936), quien fuera su maestro y amigo.

Temperamento vehemente, lírico, cae a ratos en excesos metafóricos, vicio que, como se verá adelante, es bastante común en nuestra literatura narrativa. Empero, su estilo no se halla demasiado recargado de localismos: es ameno, es brillante, es correcto.

González Montalvo vive actualmente en San Salvador, en donde ocupa el cargo de subsecretario de Relaciones Exteriores.

De la misma generación de González Montalvo, y compañero suyo de estudios jurídicos y de ejercicios literarios, es *Napoleón Rodríguez Ruiz*, abogado prestigioso y otro de los poquísimos novelistas nacionales. Nació en la ciudad de Santa Ana, el 24 de junio de 1910, y, luego de doctorarse en Jurisprudencia, dedicóse durante varios años al desempeño de diversas judicaturas, lo cual le permitió tener contacto frecuente con elementos de todas las clases sociales, de modo especial con el pueblo humilde, en diversos sitios de la república, y así compenetrarse de sus problemas y observar al detalle su psicología. Con el correr de los años, llegó a ocupar las más altas magistraturas en el orden judicial. Por breve lapso fué subsecretario del Interior (1948), y ahora se dedica al libre ejercicio de su profesión de abogado.

Su novela *Jaraguá*, que nos tocó apadrinar y prologar desde el decanato de la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad, fué publicada por la Editorial Universitaria en el año de 1950. Consta de 366 páginas, y constituye un aporte valioso al acervo de nuestra literatura narrativa, si bien su lectura se torna lenta en algunos capítulos de largas disquisiciones sociológicas, en los que el autor no logra

ocultar cierto ánimo docente, enraizado en él por la costumbre de la cátedra.

*Jaraguá*, aunque editada en 1950, fué escrita en el año de 1940, y en su estilo adviértense influencias de Rómulo Gallegos y de José Eustasio Rivera, así como puntos de semejanza con la mejor novelística ecuatoriana de la época: Jorge Icaza, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diez Canseco.

Los cuentos de Rodríguez Ruiz, no aunados en volumen (fuera de *Jaraguá* sólo ha publicado obras jurídicas) son, con frecuencia, más paisajistas y líricos que narrativos, y tienen, como los de González Montalvo, más parentesco con el dibujo criollista de Ambrogio, que con el colorismo impresionista de Salarrué.

Según noticias recientes, la Dirección General de Bellas Artes, por medio de su Departamento de Letras, prepara la edición de un nuevo libro de Rodríguez Ruiz, en el cual recoge sus últimos cuentos. Ha de ver la luz durante el año actual.

Solamente un libro de relatos ha publicado hasta ahora José Jorge Laínez, nacido en San Salvador el 26 de abril de 1913: *Murales en el sueño*, editado, con lamentable pobreza tipográfica, en la "Biblioteca del Pueblo", del Ministerio de Cultura Popular (San Salvador, 1952). Son apenas 21 relatos brevísimos, que ni aún con abundantes ilustraciones llegan a integrar las cien páginas en octavo menor.

Antes de este libro, el autor había presentado algunos relatos en las páginas literarias que, sábado y domingo, aparecen en los diarios nacionales. Además, en *La Prensa Gráfica*, periódico del cual Laínez es jefe de redacción, hay una seccioncilla fija de abracadabrantos y muy irónicas aventuras policiales, que se debe a su pluma y aparece bajo el seudónimo de *Mr. Ikuño*.

En el prólogo —brevísimo como los cuentos— que Luis Gallegos Valdés escribe para *Murales en el sueño*, se lee: "Adviértese en estos relatos algo de la influencia de las novelas detectivescas. Cabe a Laínez ser entre nosotros el único escritor que se haya preocupado por esta modalidad, la cual tiene indudable categoría literaria. Esta tentativa,

que desborda lo acostumbrado en nuestras letras, debe señalarse con elogio”.

Para nosotros, las notas más importantes en la producción narrativa de nuestro autor, son su psicologismo certero y su penetrante humorismo.

Su mundo es con frecuencia un mundo onírico, semiastral, en donde las pasiones son intensas y las figuras deliberadamente amorfas: atmósfera de pesadilla, de preocupación, de fiebre, cuando no deriva al polo opuesto de la sagaz puntilla irónica y riente. Por ignoradas razones, dos de sus mejores relatos, *El regreso* y *Viajero sin destino*, están ausentes del librito, cuyos cuentos de mayor calidad son *La carta de la muerte*, *Arboles vengadores* y *El monstruo*, según el parecer del prologuista, al cual adherimos plenamente.

*Rolando Velásquez*, nacido en la ciudad de Santa Ana el mes de septiembre de 1913, es un autodidacto formado entre gacetillas, lino-tipos y ferrocarriles. El ejercicio periodístico, que implica necesidad y atmósfera de lecturas, y las caleidoscópicas vivencias de los viajes, fueron sus mejores maestros. Maestros que, desde luego, son de poca eficacia cuando las condiciones intelectuales del discípulo no tienen la agudeza de las de Rolando Velásquez, puestas de relieve en su ensayo *Retorno a Elsinor* (México, D. F., 1949).

Mas aquí hemos de referirnos al cuentista, y no al pensador que especula sobre los problemas de la juventud y el complejo de la vacilación representado por Hamlet.

Las primeras publicaciones de Velásquez en el género, aparecieron en planas literarias dominicales. Su consagración como cuentista tuvo lugar en 1942, con ocasión de unos juegos florales celebrados hacia las fiestas julias en su ciudad natal, pues tales juegos, excediendo los márgenes tradicionales, abarcaban, al lado del fundamental de poesía, un certamen de prosa. El jurado reconoció entonces las excelencias de *La segunda hija de Job*, relato imaginario, ingenioso, irónico, amargo en la sustancia, del cual resultó ser autor Velásquez, una vez abiertas las plicas.

Reconstruyendo la atmósfera social, moral e histórica de los días

del santo paciente, con una vitalidad que trae a la memoria las páginas del *Moisés* de Sholem Asch, Rolando Velásquez hace partir su historia del instante preciso en que callan los versículos del Antiguo Testamento.

Posteriormente publicó un libro de cuentos, *Memorias de un viaje sin sentido*, que a nuestro juicio debería reeditarse ya, por sus calidades innegables. Sin restar méritos a otros autores, señalamos que, a nuestro parecer, Rolando Velásquez es uno de los llamados a tener mayor trascendencia en las letras de Hispanoamérica, en virtud de tres razones: su imaginación, rica y variada, le otorga una amplitud temática extraordinaria; su solidez intelectual hace de cada pieza salida de su pluma, un mensaje intencionado que impresiona y no se olvida fácilmente, y por último, su elocución, elegante, pura, no limitada por localismos ni criollismos incomprensibles fuera del territorio patrio, torna fácil y amena la lectura de sus narraciones en cualquier país de habla castellana.

El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura prepara en estos días la publicación de una novela de nuestro autor —creemos que su primera aventura en el género— bajo el título de *Entre la selva de neón*, y el subtítulo de *Novela de la ciudad*.

Oriundo de Santa Ana es también Manuel Aguilar Chávez (n. 1914 a 1916), periodista de larga trayectoria. Por algún tiempo fué director en su ciudad natal, del *Diario de Occidente*; más tarde, formó parte de la plana de redacción de *Tribuna Libre*, de San Salvador; trabajó luego en la Secretaría de Información de la Presidencia de la República, y actualmente sirve en el cuerpo diplomático, como Agregado Cultural de nuestra Embajada ante el gobierno de México.

Luchador de convicciones democráticas, hubo de conocer, en un instante dramático de nuestra historia, las vicisitudes de un extrañamiento lleno de zozobras y las amarguras de un prolongado destierro. De toda esta aventura, salió su libro *Viaje al infierno, pasando por Pespire*, crónica ágil como todas las suyas, en la cual se advierte su vena de excelente narrador. El libro es un relato vívido de los acontecimientos que padeció. Allí la tensión está compensada por opor-

tunos toques de ironía y de humorismo. Suertes de capa ante el toro de la adversidad. El estilo se caracteriza más por su fluidez humana que por su riqueza idiomática: la obra se lee fácilmente, y es la única que ha publicado el autor al momento de pergeñarse estas líneas.

Su labor como cuentista propiamente tal, es poco abundante y se halla desperdigada. Como otros vuelven los ojos al campesino y sus problemas con el ánimo de hallar la entraña social y estética de la Patria, Aguilar Chávez los torna al hombre humilde de la ciudad. Sus cuentos son urbanos; sus personajes, seres de una modesta clase media o del proletariado: pequeños empleados públicos, modistillas, zapateros, choferes. Hay en su sensibilidad algo aldeano y romántico, que hace recordar el nativismo lírico de Evaristo Carriego.

Uno de los mejores cuentos de Aguilar Chávez, *Alfredo Funes, su taxi y el estreno agostino*, obtuvo el primer premio de relatos en los juegos florales de El Salvador, celebrados con motivo de las tradicionales fiestas de agosto, en el año de 1954.

Lo que sabemos de *Francisco Rodríguez Infante*, es muy poco. Nació en la ciudad de Santiago de María, departamento de Usulután —zona oriental del país— hacia 1915; no ha ocupado posiciones de relieve en la vida pública; por breve término, fué secretario de la Biblioteca Nacional.

Y nada más.

Andan, sus cuentos, dispersos. La mayoría de ellos han sido publicados en el *Diario latino* de San Salvador; algunos, en *El Diario de Hoy*.

Tiende hacia los temas de colorido criollo. Es un poco descuidado en el aspecto formal, pero el dinamismo y la naturalidad de sus narraciones, bastan y sobran para contrarrestar esa deficiencia.

Es de lamentarse que no haya agrupado en un tomo siquiera, su producción, ayer bastante más copiosa de lo que hoy es.

Maestro normalista primero, luego estudiante de Jurisprudencia, hoy probablemente abogado, por un tiempo representante ante la Asamblea Nacional Legislativa, *Víctor Daniel Rubio* ha encontrado tiempo, Dios sabe cómo, para el cultivo de su vocación literaria,

Nacido en la ciudad de Zacatecoluca el 21 de julio de 1916, vive ahora en la capital, dedicado a múltiples afanes, reclamado igualmente por la política, la pedagogía, el derecho y las letras. Dispersión ésta que, si bien le enriquece la experiencia, puede concluir por amen- guarle la eficacia.

Tiene cinco obras publicadas, que no pertenecen al género na- rrativo —son pedagógicas. Sus relatos, no muy abundantes, aparecen de vez en cuando en planas literarias o en revistas.

Si fuese menester encasillarlo, lo situaríamos dentro de la co- rriente criollista de tipo rural (línea que va de Ambrogi a Salarrué), con marcadas tendencias a lo específicamente folklórico.

*Emilio Ortiz Gutiérrez*, santaneco, frisaré hoy en los cuarenta años. Tiene una producción fina pero limitada. Se inclina por el criollismo urbano, y se expresa en un tono lírico, a veces poco ade- cuado a la índole del relato.

De este esforzado y vivaz intelectual que es *Cristóbal Humberto Ibarra*, apareció en Buenos Aires, en 1952, un volumen: *Cuentos de sima y cima*, prologado por el poeta y novelista guatemalteco Miguel Angel Asturias, cuyos méritos son ya reconocidos en toda América y fuera de ella.

Son ocho relatos extensos, muy afincados en la tierra tropical, de fuerte empuje lírico, a los cuales el prologuista no vacila en apa- drinar con la amplitud de su personal prestigio:

“*Cuentos de sima y cima* caen dentro de la gran corriente de la literatura americana actual, nutrida, en los diversos países del conti- nente, por poetas y prosistas que se esfuerzan por algo más que cul- tivar escuelas, que son enemigos del encasillamiento, pretendiendo con sus obras establecer una literatura que englobe, no sólo lo here- dado de Europa, sino lo que nos es propio, lo que nos da razón de ser. La gran literatura americana está naciendo ya con ese sentido americano. Eso es lo importante. Después de los hermosos textos escritos por los rapsodas indígenas, los escritores y artistas vuelven a tomar el hilo de las conversaciones con los dioses y exploran en sus dominios, como lo hace inicialmente Cristóbal Humberto Ibarra,

los materiales para la edificación más ambiciosa, aquella que sea en lo universal síntesis de civilizaciones y culturas”.

Después de eso, no podemos sino ver con respeto la producción de este joven salvadoreño, que no llega a los cuarenta, y desear que ella sea cada vez más conocida, y por lo tanto más apreciada, en el ámbito de las letras continentales.

*Luis Gallegos Valdés* (San Salvador, 1916), se ha dedicado más a la crítica literaria que al cultivo del relato, al cual se inclina desde hace aproximadamente unos tres años. Por eso lo incluimos en este recuento, sabedores de que en este género aún no se han perfilado suficientemente sus características.

Conocemos sólo un cuento de su pluma, aparecido en una revista salvadoreña, en el cual resalta la pureza de su estilo y se pone en evidencia su predilección por las lecturas francesas y españolas.

Edita hoy, en las prensas del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, una evocación histórica novelada, bajo el título de *Plaza Mayor*, que no conocemos. Dada su calidad de crítico, puede confiarse en su buen gusto, el cual permite vaticinarle éxito como narrador.

El poeta *Eduardo Menjívar*, de Sonsonate, es, además, cuentista. Su origen humildísimo, la pobreza familiar que le impidió el acceso a centros de estudio superior, el ejercicio modesto de una artesanía, todo eso resultó ser incentivo para su vocación literaria.

Sus producciones en el género narrativo no son muy abundantes. Tienen todas ellas el sabor agridulce de las cortapisas económico-sociales. Constituyen para el autor una especie de *catarsis*, de ruta liberadora.

Como sucede en muchos otros casos, Menjívar, el cuentista, no logra desasirse ni deshacerse del otro Menjívar, del poeta. De ahí que caiga en abusos metafóricos, de dudoso equilibrio. Un poco más de continencia lírica, hará de él un excelente narrador.

Con una producción escasísima, *Guillermo Castellanos* (Santa Ana, 1914 ó 1915), es cuentista de aciertos. Los suyos son relatos sintéticos, densos, en los cuales la sensibilidad social prevalece sobre la

organización del argumento. Más específicamente cuentista que Castellanos, viene a ser *Bautista Emmanuel*, de quien conocemos pocos relatos, pero de magnífica e impresionante factura. Nuestro fichero, lamentablemente, no registra sus datos biográficos. Otro tanto nos ocurre con el periodista *Rafael Alvarez Mónico*, hombre de gran imaginación y fluido estilo, formado en las lides del periodismo, que no ha publicado todavía un volumen de cuentos. Ya sería hora de que lo realizara.

Dados los márgenes cronológicos que nos hemos impuesto, cabe aquí la mención de Ricardo Martel Caminos, también poeta. Pero sólo la mención, porque motivos más serios que los puramente cronológicos invitan a tratarlo detenidamente entre los *novísimos*.

Aquí debemos dar por concluida esta sucinta visión del cuento actual de El Salvador, repitiendo que para dejar al día el panorama, falta aún referirse al último grupo de relatistas, bastante numeroso por cierto.

Si algún nombre de valía se nos ha escapado en este recuento, la omisión debe achacarse al hecho de que nos valemos aquí en Chile de un material bastante limitado, constituido apenas por un modesto archivo propio, unos cuantos libros y revistas, algunas planas literarias de diarios salvadoreños, y los datos que suministra una memoria personal no muy generosa. Empero, ya se ha dicho que éste es un trabajo de alcances provisionales. Se conformaría con servir de itinerario a otros más extensos y perspicaces, y con suscitar entre los estudiosos de las letras hispanoamericanas, un interés definido por el conocimiento de la cultura en El Salvador.